

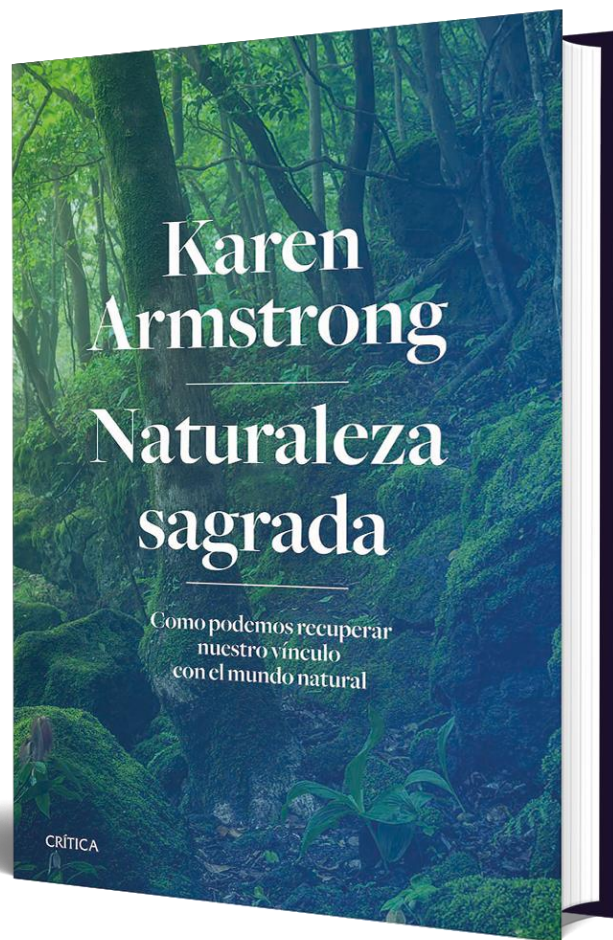
CRÍTICA

KAREN ARMSTRONG

Naturaleza sagrada

Cómo podemos recuperar
nuestro vínculo con
el mundo natural

Una reivindicación sobre la necesidad
de resintonizar, desde una dimensión
espiritual y material, con nuestro entorno



A LA VENTA EL 7 DE SETIEMBRE

AUTORA DISPONIBLE PARA ENTREVISTAS

PARA AMPLIAR INFORMACIÓN, CONTACTAR CON:
Laura Fabregat (Responsable de Comunicación Área Ensayo):
682 69 63 61 / lfabregat@planeta.es

SINOPSIS

Desde el principio de los tiempos la humanidad ha mirado a la naturaleza y ha visto lo divino. En los escritos de los grandes pensadores de todas las religiones, el mundo natural inspira desde el miedo hasta el asombro, pasando por la contemplación tranquila; Dios, o como quiera que se defina lo sublime, estaba presente en cada escenario. Sin embargo, hoy en día, incluso cuando miramos un árbol o contemplamos un paisaje impresionante, rara vez vemos la naturaleza como algo sagrado.

Naturaleza sagrada revela las conexiones más profundas entre los seres humanos y el mundo natural. En esta deliciosa obra, Karen Armstrong nos invita a pensar y sentir de forma diferente para reavivar nuestro vínculo con la naturaleza y reconstruir nuestra conexión con ella.

LA AUTORA



Karen Armstrong (Worcestershire, 1944), es una de las principales expertas del mundo en temas religiosos. Pasó siete años como monja católica, pero en 1969 colgó los hábitos para estudiar inglés en el St Anne's College de Oxford. En 1982 se convirtió en escritora y locutora a tiempo completo. Es autora de dieciséis libros y ha sido galardonada con honores y premios en todo el mundo, incluido el premio inaugural Nayef Al-Rodhan de la Academia Británica para mejorar el entendimiento transcultural en 2013 y el premio Princesa de Asturias de ciencias sociales en 2017.

EXTRACTOS DE LA OBRA

INTRODUCCIÓN

« Recuerdo vívidamente mi primera visita al Museo Británico, que más tarde habría de convertirse en un lugar extremadamente familiar e importante para mí. [...] Puede que mi reacción parezca exagerada, pero tampoco respondía yo a las características de la visitante habitual de un museo. Había vivido cuatro años en un convento, completamente aislada del mundo exterior. No escuchábamos las noticias. Como única excepción, recuerdo que en 1962 nos informaron de la crisis de los misiles de Cuba, pero nuestros superiores olvidaron decirnos que el conflicto había terminado, así que nos pasamos tres semanas aguardando ansiosamente el Apocalipsis.»

«[...] no tenía ni idea de la revolución social de los años sesenta. Por lo tanto, mientras contemplaba aquellos manuscritos, envuelta en mi cerrado hábito religioso, mi mentalidad se hallaba probablemente más próxima a la de una encorsetada muchacha victoriana que a la de una mujer joven de mediados del siglo xx. En la actualidad, cuando observo a las personas que visitan el museo y topan con las grandes reliquias del pasado, me llama la atención que no parezcan sentir únicamente el impulso de mirar, sino el de fotografiar los objetos. A diferencia de mi yo juvenil, no dan la impresión de querer establecer un diálogo íntimo con la piedra de Rosetta, por ejemplo, sino de anhelar en cierto sentido poseerla.»

«Me pregunto si aquellas tempranas experiencias mías —tan directas y memorables—, así como las transformaciones a que he asistido en sesenta años, incluso en actos de contemplación tan pequeños y sencillos como este, no reflejarán también las metamorfosis de nuestra relación con la naturaleza. Caminamos junto al mar o frente a unas vistas de magnífica belleza sin dejar de charlar con toda intensidad por nuestro teléfono móvil o de curiosear en las redes sociales: estamos presentes, pero ausentes en lo fundamental de la escena.»

«[...] Nuestra existencia urbana y la tecnología que nos absorbe nos han alienado de la naturaleza, con lo que hasta los magníficos reportajes de David Attenborough podrían revelarse incapaces de alcanzar nuestro epicentro emocional.»

«En cualquier caso, nuestra modificada relación con la naturaleza no es un simple menoscabo estético. Ya empiezan a ser muchos los años que llevamos cobrando

conciencia, cada vez más aguda, del daño que estamos causando al entorno natural y del impacto, potencialmente drástico, que ese perjuicio está teniendo en la vida humana. Es verdad que el clima de la tierra ha ido experimentando continuas alteraciones con el paso de los milenios, pero hasta ahora, las mutaciones habían sido siempre un proceso lento, verificado en largos períodos de tiempo. Ahora asistimos a cambios muchísimo más rápidos. El motivo de que las temperaturas del globo y el nivel de los mares suban a un ritmo alarmante se debe enteramente a la actividad humana. Sabemos que la quema de combustibles fósiles libera a la atmósfera un dióxido de carbono que queda atrapado en ella y aumenta la temperatura del planeta. Si no le ponemos freno, la vida humana peligrará. La escasez de agua dificultará cada vez más la producción de alimentos.»

«[...] en el momento en que escribo esta introducción, corriendo el verano de 2021, la crisis medioambiental presenta nuevos visos de urgencia. Las temperaturas registradas en Estados Unidos y el sur de Europa han alcanzado niveles nunca vistos, desatando incendios forestales devastadores que han destruido comunidades enteras. Al mismo tiempo, Alemania y los Países Bajos han sufrido inundaciones sin precedentes que se han cobrado vidas y provocado daños espantosos.»

«La causa de esta crisis radica en las características de la existencia moderna, que, pese a sus considerables logros, adolece de fallos fatales. Estamos empezando a comprender que los presentes hábitos de vida, aun con sus numerosos beneficios, no solo están inhibiendo el florecimiento del género humano, sino que amenazan la supervivencia misma de nuestra especie. [...]»

«[...] Si hemos saqueado la naturaleza, tratándola como un simple recurso, es porque en los últimos quinientos años hemos cultivado una cosmovisión muy distinta a la de nuestros antepasados.»

«El antropólogo estadounidense David Abram cree que la contemporánea concentración de los occidentales en el «mundo interior» y en la idea cristiana de un cielo sobrenatural, son resultado, tanto en uno como en otro caso, de una profunda transformación psíquica. En las fases primigenias de nuestra historia también nosotros debimos de ver la naturaleza como un todo animado, pero con el tiempo hemos acabado por juzgarla un objeto mecánico, prosaico y predecible.»

«Para la mayoría de nosotros, inmersos como estamos en el ajetreo de la vida urbana, cada vez más apartados del mundo natural y próximos en cambio al de la tecnología, esa experiencia nos resulta tan extraña como ajena. Allí donde el Occidente moderno ve una sucesión de seres y fenómenos independientes, las poblaciones tribales perciben un continuo de tiempo y espacio en el que los animales, las plantas y los seres humanos se hallan impregnados de una sagrada fuerza immanente que los convierte en un todo unitario, sintético. Es probable que, durante

miles de años, mucho antes del desarrollo de la civilización urbana, esa fuera justamente la forma en que la mayoría de los hombres y mujeres experimentaban el mundo natural. [...]»

«[...] los pobladores del Occidente contemporáneo, tendemos a centrar preferentemente nuestra actividad en el hemisferio cerebral izquierdo, sede del pensamiento racional y pragmático, las sociedades tribales poseen en cambio una cosmovisión basada en el hemisferio derecho, que pone de relieve los vínculos que enlazan las cosas. De hecho, del hemisferio derecho brotan la poesía, la música, el arte y la religión. »

«[...] las gentes que vivían en esas civilizaciones tempranas no consideraban que las fuerzas que rigen el cosmos fuesen de carácter sobrenatural, emanadas de un «Dios» distante y distinto. Juzgaban más bien que se trataba de una presencia intrínseca que les era dado percibir y cultivar —como queda de manifiesto en el chamán decimonónico al que antes aludía— a través del rito y la contemplación. Era una energía que permeaba en todas las cosas, un misterio trascendente de imposible definición. En el antiguo Oriente Próximo, la voz *ilam*, que significa «divinidad» en lengua acadia, era un pulso radiante que trascendía los límites de cualquier deidad específica. En la India, Brahmán, la realidad última, es indefinible, ya que se concibe como una energía sagrada más honda, elevada y fundamental que los *devas*, es decir, los dioses presentes en la naturaleza que sin embargo carecen de control sobre el orden natural. En China, esa realidad última es el Tao, la «Senda» esencial por la que transita el cosmos: y nada puede decirse sobre él, puesto que trasciende todas las categorías normales.

El monoteísmo o creencia en un único Dios, doctrina central de la fe de judíos, cristianos y musulmanes, fue en este sentido la gran excepción. Al comienzo mismo de la Biblia hebrea, en el capítulo inicial del Génesis, Dios da a los primeros seres humanos una misión y un orden que les concede un dominio total sobre el mundo natural: «Sed fecundos y multiplicaos y henchid la tierra y sometedla. [...]»

«[...] Ahora bien, el carácter sagrado de la naturaleza se halla tan profundamente arraigado en la psique humana que algunos judíos y cristianos, cada uno a su particular manera, también están dispuestos a afirmarla. Y como tendremos ocasión de comprobar, para los musulmanes esa noción es el eje mismo de su fe. Sin embargo, en el período renacentista y preindustrial, el lazo entre la naturaleza y lo divino se rompió, y los cristianos empezaron a considerar a «Dios» como una realidad inherentemente distinta al mundo.»

«[...] Dios no se hallaba recluido en un cielo sobrenatural, sino que estaba «presente en todo y en todas partes». Dios no era *un ser*, sino más bien «el Ser mismo» (*esse seipsum*), la divina esencia que mora en la médula íntima de todo cuanto es.»

«El filósofo inglés Francis Bacon (1561-1626) se internó un paso más en la senda de los racionalistas medievales, convirtiéndose así en precursor de una filosofía esencialmente empírica. Al investigar cuidadosamente los fenómenos de la naturaleza con métodos experimentales los seres humanos descubrirían las leyes que gobernaban esas fuerzas naturales y adquirirían la capacidad de explotarla en su propio beneficio. Para Bacon, el conocimiento era poder. [...]»

«[...] Al final, la teología y la ciencia acabaron considerándose dos disciplinas diferentes en la Europa cristiana: si la teología promovía el estudio de Dios, la ciencia se dedicaba a investigar las leyes naturales que regían el planeta, dando con ello inicio a una nueva era de poderío y progreso humano. No obstante, aunque la inspiración de Bacon había dado energía y rumbo a la nueva ciencia, sería el filósofo francés René Descartes (1596-1650) el que estableciera sus fundamentos teóricos al aplicar la disciplina de la matemática al pensamiento moderno.[...]»

«El físico y filósofo británico Isaac Newton (1642-1727) asumió el espíritu racional cartesiano. A los ojos de Newton, la naturaleza también había dejado de presentar esa suerte de núcleo sagrado. A su juicio, la materia era una realidad muerta e inerte, incapaz de moverse o desarrollarse a menos que actuara sobre ella una fuerza exterior. En la teología de Newton, Dios quedó reducido a un fenómeno físico. Apoyándose en el aura de autoridad del relato de la Creación contenido en el Génesis, Newton definió la esencia de lo divino como una *dominatio* («soberanía»), en su opinión idéntica a la fuerza de la gravedad que rige el cosmos. [...]»

«Los descubrimientos de los científicos posteriores no tardaron en invalidar parte de la física newtoniana, pero su teología ha seguido influyendo en el pensamiento occidental. En nuestros días, cuando las personas afirman no «creer» en Dios, lo que suelen estar rechazando es al Dios de Newton, es decir, a ese «mecánico» Creador que concibió, materializó y dominó el universo. Sin embargo, esta concepción de lo divino es exclusiva del Occidente moderno. La idea de la sacralidad de la naturaleza está tan profundamente arraigada que a pesar de que las gentes del mundo entero hayan hecho suya la ciencia y la tecnología occidentales, adoptado las formas de gobierno de Occidente, y seguido sus pasos en la explotación del mundo natural, esta percepción reductora de lo divino nunca ha hallado plena aceptación en otras tradiciones religiosas. De hecho, muchas sociedades no occidentales siguen sin comprender las profundas implicaciones de nuestro concepto secular de la naturaleza. [...]»

«Aunque resulte esencial reducir las emisiones de carbono y prestar atención a las advertencias de los científicos, lo cierto es que no solo tenemos que aprender a actuar de otro modo, sino también a concebir de distinta manera el mundo natural. Debemos recuperar el sentimiento de veneración que siempre nos ha inspirado la

naturaleza y que durante miles de años hemos cultivado con mimo los seres humanos. [...]»

«Hasta en nuestras inmensas y contaminadas ciudades adora su jardín la gente, convertido en un pequeño oasis de naturaleza en el desierto urbano. En nuestra lucha por la salvación del planeta, hemos de cultivar y desarrollar deliberadamente estos factores, que son un remanente de nuestro primordial vínculo con la naturaleza.»

«Es crucial que nos comportemos de forma distinta, y no solo cuando nos apetezca, sino en todo momento. Y en este sentido, las prácticas y disciplinas religiosas de épocas pasadas tienen mucho que ofrecer. [...]»

«No obstante, estoy persuadida de que podemos aprender muchísimo de las intuiciones y prácticas surgidas en la Era Axial (entre c. 900 y 200 a. C.), que recibe ese nombre debido a que constituyó un eje crucial para el desarrollo espiritual e intelectual de nuestra especie. Fue en esa época cuando afloraron, en cuatro regiones distintas del mundo, las grandes tradiciones religiosas y filosóficas que han nutrido desde entonces al género humano: el confucianismo y el taoísmo en China; el hinduismo y el budismo en la India; el monoteísmo en Israel; y el racionalismo en Grecia. Cada una de esas tradiciones nació a la vanguardia de un nuevo tipo de espiritualidad.»

«No se trata de creer o no en esta o aquella doctrina religiosa, sino de incorporar a nuestras vidas una serie de percepciones y prácticas que, además de ayudarnos a superar los serios desafíos que tenemos por delante, cuentan con el potencial preciso para transformar nuestras mentes y nuestros corazones.»

MYTHOS Y LOGOS

«Gran parte de nuestros debates medioambientales son de carácter científico: oímos constantemente hablar de emisiones, de partículas, de niveles de contaminación y de agujeros en la capa de ozono. Esto nos proporciona una información esencial y ha terminado convirtiéndose en una terminología familiar. Pero no nos motiva emocionalmente. [...]»

«Cuando escuchamos relatos de dioses descendidos a la tierra, de un hombre que se levanta de su tumba, o de unas aguas que se dividen milagrosamente en dos para permitir la liberación de una población esclavizada, pensamos que no hay que darles crédito porque se trata de «simples mitos». Sin embargo, en el pasado, la voz «mito» designaba algo muy diferente.»

«El mito se ocupaba de todo cuanto se juzgaba intemporal y constante en nuestras vidas, retrotraía la mirada y nos permitía tanto contemplar los orígenes mismos de la vida y la cultura como explorar los más profundos planos de la experiencia humana. [...]»

«[...] Los seres humanos somos criaturas en perpetua búsqueda de sentido. Si nuestras vidas carecen de él, caemos con mucha facilidad en la desesperación, y en la antigüedad el *mythos* era el que permitía que la gente entrara en contacto con realidades más hondas, proporcionándoles un contexto que no solo daba sentido a su decaída y precaria existencia sino que dirigía su atención hacia aquello que es eterno y universal.»

«Mucho más frecuente es hoy nuestro diálogo con el *logos*, que es muy distinto al pensamiento mítico.² A diferencia del mito, el *logos* responde a los hechos objetivos, y también es absolutamente pragmático: es la modalidad de pensamiento racional que permite que los seres humanos operen adecuadamente. Es el fundamento de la sociedad moderna.»

«Sin embargo, al igual que el mito, el *logos* tiene sus limitaciones. Es incapaz de responder a los interrogantes que plantea el valor último de la vida humana. No puede aliviar nuestros pesares. Tiene en su mano desvelar circunstancias nuevas y maravillosas sobre el universo físico y hacer que las cosas funcionen con mayor eficiencia, pero no explicar el sentido de la existencia. »

«Antes de la época moderna, tanto el mito como el *logos* eran considerados esenciales, pero en el siglo XVIII las gentes de Europa y Norteamérica habían alcanzado tan pasmosos éxitos en el ámbito de la ciencia y la tecnología que empezaron a desentenderse del mito, juzgándolo falso y primitivo. [...]»

«[...] Esto liberó a las sociedades modernas de muchas de las limitaciones asociadas con la cultura tradicional, cuyo fundamento rural había tenido siempre precarios cimientos. El proceso de la modernización fue largo, ya que tardó cerca de tres siglos en completarse, y trajo consigo cambios muy profundos: la industrialización, la revolución agraria, la reforma social, y una «ilustración» intelectual que despachó el mito como algo fútil y superado. Pese a que nuestra desmitologizada sociedad pueda resultar cómoda para cuantos tenemos la fortuna de vivir en países del primer mundo, parece claro que no se ha convertido en ese paraíso terrenal que auguraban Francis Bacon y otros filósofos ilustrados.»

«Muchos de los mitos que me dispongo a examinar en este libro enseñaron a nuestros antepasados a venerar el entorno natural. A diferencia de nuestro moderno discurso medioambiental, la imaginación antigua tendía a presentar y vivir la

naturaleza en términos más estéticos que científicos, y en esa experiencia intervenían más las emociones y el cuerpo. [...]»

«Nuestra primera tarea consiste en apreciar el valor del mito y entender su funcionamiento. Para ello deberemos reexaminar muchos de nuestros presupuestos. Tenemos que dejar de concebir el mito como un relato seductor para buscar su significación profunda y descubrir qué nos exige hacer, tanto en el plano intelectual como en el práctico. [...]»

«La comprensión mítica no responde a un método de indagación inferior que pueda desecharse en cuanto las personas alcanzan el uso de razón. El mito no es una primitiva forma de adentrarse a tientas en el análisis histórico, y no pretende esgrimir verdades objetivas. Lo que hace es más bien ayudarnos a entrever nuevas posibilidades. Por medio del arte, liberados de las limitaciones del logos, concebimos y combinamos formas de expresión inéditas que enriquecen nuestras vidas y nos indican algo importante, haciendo que nos asomemos al desconcertante rompecabezas de nuestro mundo desde una perspectiva novedosa.»

NATURALEZA SAGRADA

«Las tradiciones religiosas chinas son quizá las únicas que no se han dotado de un relato de la creación. Y desde luego no hablan de un dios creador. El *yin* y el *yang*, los dos principios vitales opuestos presentes en el *qi*, interactúan creativamente en un proceso de continua transformación y generan los elementos materiales del universo: las piedras, las montañas, los ríos, las plantas, los animales y los seres humanos. En China, por consiguiente, las personas nunca han sido entidades privilegiadas ni únicas, ya que forman —junto con lo que los chinos llaman el *wanwu*, la «miríada» o las «diez mil cosas» de la naturaleza— «un todo con el universo», una idea que sigue gozando de tan amplia aceptación en la cultura, popular o elevada, que puede tenerse por una cosmovisión auténticamente china.»

«La India nos recuerda que la vía estética es la mejor forma de cultivar la percepción de lo sagrado: mediante la poesía, la música y el ritual. No tiene sentido intentar probar racionalmente estas antiguas intuiciones, ya que requieren imaginación, es decir, la capacidad de ver lo que no aparece, como explicaba Jean-Paul Sartre.³⁵ La realidad última —ya se trate de Brahmán, *Ritá*, el Tao, o el mismo «Dios»— no existe como las demás cosas de la experiencia ordinaria. Son realidades que solo alcanzan a intuirse por medio de la alusión y la emoción del arte. Tan honda es la conexión del impulso místico humano con la sacralidad de la naturaleza que hasta una tradición religiosa como la del budismo acabaría volviéndose hacia ella, pese a haber estado originariamente centrada en la búsqueda de un método introspectivo capaz de liberar a los seres humanos del dolor. [...]»

«¿Cómo recuperar esta visión de una naturaleza sagrada? En primer lugar, creo yo, alterando nuestra percepción de «Dios». En lugar de verlo como un ser «masculino» y confinado en un remotísimo cielo, debemos entender esa antigua comprensión de lo divino —todavía muy difundida— como una presencia interior, inexpresable pero dinámica, que fluye en todas las cosas. Esta noción no solo parece haber acudido a la mente de las gentes de muy diversas partes del mundo de manera más espontánea que la imagen de un creador solitario; es también la forma en que los propios occidentales entendimos lo divino hasta la baja Edad Media.»

«La sosegada y triste música de la humanidad, ni áspera ni disonante, aunque lo bastante poderosa para castigar y dominar.»

En nuestros días, ese vínculo entre la naturaleza y la humanidad se ha vuelto aún más triste, sobre todo si tenemos en cuenta el daño que hemos causado al medioambiente. Ya no podemos seguir solazándonos sin más en los espacios naturales: sabemos que nos enfrentamos a la urgente tarea de salvarlos de la destrucción humana.»

«Si permitimos que entre en nuestras vidas, la naturaleza puede impregnar nuestras mentes y convertirse en una influencia formativa. Podemos empezar dando pasos muy sencillos, quizá el de sentarnos diez minutos al día en un jardín, sin auriculares ni teléfonos móviles, limitándonos a contemplar sencillamente las vistas y a escuchar los sonidos de la naturaleza. En lugar de hacer fotos de cuanto nos rodea, deberíamos observar los pájaros, las flores, las nubes y los árboles y dejar que se impriman por sí solos en nuestra mente. [...]»

NUESTRO QUEBRANTADO MUNDO

«Prácticamente cada vez que escuchamos el telediario asistimos a una catarata de noticias trágicas, dolorosas y crueles. Pese a nuestros extraordinarios logros tecnológicos, parece que no alcanzamos a aliviar la pobreza, el sufrimiento y la injusticia que afligen a grandes sectores de la humanidad. [...]»

«Sin embargo, la religión se ha ocupado tradicionalmente de concebir relatos y rituales que obligan a la gente a contemplar sin desfallecer las inherentes situaciones dolorosas de la vida. En la India hay mitos de la creación que sugieren que nuestro mundo tuvo profundas fisuras y defectos desde sus mismos inicios. Estas narraciones difieren notablemente de las relaciones del origen que figuran en el Génesis, en las que Dios se muestra persuadido de que todo lo creado era «bueno», e incluso «muy bueno». El dios creador indio, Prayápati («el Todo»), era la personificación del Brahmán. [...]»

«En el corazón mismo de la religión aria había por tanto una deliberada evocación del pesar y el dolor derivados de la conciencia del deterioro del mundo. Para los musulmanes, el recitado del Corán cumple una función similar y manifiesta un impacto emocional parecido al de la entonación de los mantras indios. Esta circunstancia es difícil de apreciar para quienes no son musulmanes, y no solo debido a que el extraordinario y conmovedor patetismo del árabe se pierde en la traducción, sino también a que, evidentemente, los que no siguen esa religión se limitan a leer sin más el texto en lugar de escucharlo en forma recitada. La belleza de los versos del Corán, tan diferentes a los de la poesía árabe tradicional, dejó sobrecogidos, y hasta conmocionados, a los primeros musulmanes. [...]»

«[...] La creación de Prayápati es un desastre: al procurarla, él mismo salta en pedazos, lo que le obliga a suplicar a los dioses (que acaba de crear) que lo recompongan. Según nos dicen los *Bráhmanas*, sus criaturas se hallan en un estado de completa debilidad; algunas de ellas huyen de su lado, aterrorizadas; otras sufren de malformaciones y son ciegas e impotentes o padecen graves menoscabos. Aunque solo podemos especular sobre las razones que pudieron inspirar esta visión de un mundo quebrantado en su raíz, hemos de tener en cuenta que surgió en una época en que los arios, que estaban ampliando su territorio, iban a fundar muy pronto una serie de poderosos reinos en la cuenca del Ganges...»

«[...] la religión exige notables esfuerzos. La concepción de sus rituales busca producir un profundo cambio en nuestro interior. Un rito religioso debe ser un acontecimiento transformador —nunca debe limitarse a un simple recorrido por una senda emocional, por muy piadosa que sea—. Lo sagrado nos exige modificar nuestra existencia y renovar de hecho nuestro mismo yo. El oficiante ha de pasar meses en una incómoda cabaña y aceptar la realización de una serie de ritos estrictos y fatigosos antes de que se le permita acceder al templo para proceder al sacrificio —el cual requiere a su vez una intensa concentración—. Los rituales plantean profundos retos a quienes participan en él, y la insistencia en que, de algún modo, la adecuada observación de sus pasos puede cambiar sus mentes no es desde luego el menor de ellos.»

LA REGLA DE ORO, O LA ÉTICA DE LA RECIPROCIDAD

«La regla de oro —no hagas a los demás lo que no quieras para ti— es algo que todas las grandes tradiciones religiosas han desarrollado de forma independiente. Es una norma que parece profundamente arraigada en el entendimiento moral humano. Nos exige mirar dentro de nuestros corazones, identificar qué es lo que nos causa dolor, y negarnos después a provocárselo a los demás. [...]»

«Es primordial que la sociedad humana se adapte a los ritmos de la naturaleza, que, a diferencia de los asuntos humanos, se verifican sin provocar mutuos perjuicios a los seres que la conforman. Solo si los seres humanos nos coaligamos profundamente con el cielo y la tierra, formando con ellos una trinidad,¹³ solo si tratamos a la «miríada de cosas» y al prójimo como deseáramos ser tratados nosotros mismos, realizaremos plenamente nuestra condición humana (*ren*).¹⁴ Nuestra existencia misma depende de la «miríada de cosas», así que sirviéndolas, honrándolas y protegiéndolas participamos activamente en los procesos creativos del cosmos y contribuimos a la reconstrucción del mundo. [...]»

«Todas las «cosas» comparten la bondad esencial (*ren*) que inunda el cosmos. Sin embargo, los seres humanos poseemos la facultad de comprender las responsabilidades morales de esta relación. Zhang expresó bellamente esta idea en la «Inscripción occidental» (*Ximing*) [...]»

«Si formamos «un solo cuerpo» con todos los demás seres, explica Cheng Hao, sentimos su sufrimiento como propio: «No experimentar una desinteresada compasión hacia los otros es haber perdido la conciencia de que constituyen una sola sustancia conmigo». [...]»

«Los relatos que nos ha dejado Zhu Xi de los eruditos neoconfucianos contrastan marcadamente con el comportamiento de muchas de las figuras públicas de nuestros días. Zhang Zai y Cheng Hao cultivaban una mentalidad que el gran filósofo confuciano Xunzi había calificado varios siglos antes de «vacía, unificada y quieta». Una mente estaba «vacía», explicaba Xunzi, si se hallaba constantemente abierta a nuevas impresiones, y por tanto dispuesta a cambiar de opinión en caso necesario»

ÍNDICE

Introducción.....	11
1. <i>Mythos</i> y <i>logos</i>	27
2. La sagrada naturaleza.....	35
3. La santidad de la naturaleza.....	57
4. Nuestro quebrantado mundo.....	71
5. Sacrificio.....	81
6. <i>Kénosis</i>	89
7. Gratitud.....	101
8. La regla de oro, o la ética de la reciprocidad.....	115
9. <i>Ahimsa</i>	129
10. Círculos concéntricos.....	137
Epílogo.....	151



CRÍTICA

Para ampliar información, contactar con:

Laura Fabregat (Responsable de Comunicación Área de Ensayo)

M: 682 69 63 61 / E: lfabregat@planeta.es